

MISION Y TRASMISSION DEL MANDO

Cuando estas líneas vean la luz se habrá esfumado en el espacio y el tiempo ese conjunto esplendoroso de ceremonias, bailes, credenciales, multitudes, embajadas, desfiles, chalecos negros, condecoraciones y finezas, que se llama por mal nombre "transmisión del mando".

La democracia es tan buena que no necesita para que el mando se transmita, que se muera nadie. Algunos mueren de rabia lo mismo, cuando el Presidente electo levanta la mano trémula sobre la banda que le pasan con los colores de la patria. Pero de eso la democracia no tiene culpa. Tampoco tiene la culpa de la gente que se emborracha ese día. En general, la democracia no tiene la culpa de nada. Y conviene ponerse de acuerdo en ello porque, como diría el pequeño Jardiel, el día de la transmisión del mando, como el de Maracanã, es uno de esos días en que hay muchos accidentes automovilísticos, mucha gente que llega con copas demás a su casa, muchos desmayados entre la multitud, muchos machucados, muchos brindis, muchos niños que se pierden de sus madres en el desfile. Y nueve meses después de ese día, exactamente, hay también muchos chicos que vienen al mundo...

Una transmisión del mando es un partido que se juega entre tres personas: el que mandó, el que va a mandar y el que manda. El que mandó se llama Presidente saliente, y también Luisito; el que va a mandar se llama Presidente entrante o Presidente electo, o Don Andrés. (1) Pero el que manda en realidad ese día (¿y cómo manda!) es otro señor, que se llama Jefe de Protocolo. Dicho señor, que nunca engañó al pueblo entre otras cosas porque el pueblo ni se enteró nunca de su existencia, es el que en los hechos se mete en el bolsillo a todo el mundo desde el principio al fin de las ceremonias de la transmisión.

Para él no hay barrida del 26 de noviembre que valga. Para él no hay renacimiento batllista, ni división batllista, ni triunfo batllista, ni, en última instancia, batlismo. Supremo dictador en esa hora suprema de la democracia que es la transmisión, es él quien maneja a todo el mundo a gritos, como un entrenador desde el túnel en un estadio. "Salude a ese rubio, que es embajador", "Sonría a aquel pelirrojo que es nada más que agregado comercial", "Sábase al auto...", etc., serán otras tantas imperitencias que los principales del país deberán tolerarle a dicho señor en dicho día.

Prevalcido por esta sumisa obediencia de los poderosos, el Jefe de Protocolo no parará ahí sin embargo. De la mañana a la noche, con la batuta en la mano, y dando órdenes con el costado de la boca, seguirá dejando caer por el colmillo sus advertencias e indicaciones permanentes. "Ahora! Vamos! Camine!", "Deténgase!", "Sonría!", "Sáquese la banda presidencial!", "Pásele a su 'amigo'. 'Vd., amigo, póngasela!', "Ahora sonría...", "Bueno, si va a decir un discurso, dígalo!" saldrán minuto a minuto, como ráfagas de ametralladora de su boca. Y después, a medida que caiga la noche y los señores se vayan caldeando, el Jefe de Protocolo, si es que es un Jefe de Protocolo de verdad, como se dice, subirá el tono de su momentánea dictadura hasta agudos imposibles. "Sáquese la mano del bolsillo!", "Salude!", "Salude, le digo, que es el embajador inglés!", "Estéseme derecho y no mire!", "Emocíonese!", "Vaya a cambiarse de chaleco!", "A ver, Ministro, tire ese escajadiente!" "Usted! Cómo se viene con semejante corbata!", "Bésele la mano... No, al embajador no, a la embajadora... No, la cara no, la mano le digo! No! A esa no! A la mujer le digo! Esa es la hija! Bueno... así. Bueno, hombre, está bien, suéltela..."

En algunos reinos de la antigüedad y en algunas repúblicas latinoamericanas, lo primero que hacen el rey o presidente entrante al otro día es mandar apuñalar o fusilar al Jefe de Protocolo.

EL MANDO —

Lo manda tanta gente a uno en este mundo que, utilizar la expresión "transmisión del mando" para ese cambio de banda entre dos señores Presidentes de la República, cuyas vidas poco o nada tienen aparentemente que ver con nosotros los redactores o los vendedores de periódicos, puede parecer excesivo. En efecto: queda bien claro que todos los que nos mandaban el mes pasado seguirán mandándonos el cinco de marzo, ya se trate de esposa, varita, jefe de oficina, hermano mayor, patrón, madre de la novia, guarda del 141, padre, maestros, amante, acreedor, etc. La autoridad que esas personas tienen sobre todos y cada uno de nuestros actos proviene de un orden más oscuro y hondo de la vida, y nada pueden hacer respecto a ella ni las elecciones, ni las embajadas especiales ni los Jefes de Protocolo. Nuestros prejuicios, nuestras ilusiones, nuestros camotes, nuestros vicios, con o sin chaleco negro, permanecen. El hombre pasa, el mando se transmite, ellos permanecen. Con Batlle Berres o con Martínez Trueba el día lunes, el espantoso día lunes seguirá siendo el espantoso día lunes, con su desayuno triste. Ninguno de ellos es capaz de hacer que Joan Fontaine o Nicole Courcel se desvíen una hora de su itinerario París-Montevideo-Punta del Este, para venir a golpearnos el timbre con una decena de bizcochos para el mate adentro de la carterita. Ingrid será de Rosellini y la flaca de la otra cuadrada será del que la levante en Mercury. Los que nacieron para medio no llegarán a real. Desde que el mundo es mundo, y el mando, mando, el juego de pileta ha sido siempre para los que saben tirarse a nadar. La rana nunca criará pелos. La manganeta para desbanear a la ruleta no será descubierta. Lloverá siempre y siempre habrá poesía.

En sus obras de Derecho Constitucional, el francés Duguit dividía a los hombres en "gobernantes" y "gobernados". Gobernados, somos nosotros. Gobernantes, son el hígado, la neurastenia, las ganas de tirar la alpargata, los prejuicios, las novias, los jueces de raya en las carreras, los Presidentes de la República, etc. Conviene saber, pues, que los Presidentes de la República son sólo una parte en la larga nómina de los que mandan.

Por eso, cuando se habla de "transmitir el mando", lo primero es no olvidar que J. J. Rousseau, Jellinek y Kelsen, exageran.

HISTORIA DEL MANDO —

El mando que le han entregado a D. Andrés Martínez Trueba, tiene su historia, según todos comprenderán; una historia bastante ajetreada.

El primero que lo tuvo (sin con-

tar caciques, claro está, pues entre los indios mandaba el que podía y cómo podía) fué el Rey de España. Tanto lo tenía que los partidarios de él, cuando llegó la hora de ajustar cuentas, eran llamados por la gente de Artigas, los "mandones". El propio patriarca les daba ese nombre, según ilustra con sobrados ejemplos su correspondencia. La gran ventaja que tenía el Rey de España, cuando nos mandaba a todos, era la distancia. Unida a la falta de telegrafía sin hilos. Unida a su propia ignorancia sobre la vastedad de su imperio. Resumidas cuentas, que ni él se enteraba de que nos mandaba, ni nosotros de que éramos mandados por él. Los que se enteraban, sí, eran mala gente conocida por Virreyes, gobernadores, oidores, etc., que llegaron a hacernos la vida imposible desde Buenos Aires. De todos modos, desde el punto de vista del mando, que es el que nos interesa, lo tuvo siempre el Rey. Y no se transmitía, sino que se heredaba. Perdido entre otros muchos tesoros, reinos, provincias, privilegios, etc., allá iba, con cada Rey que moría y cada nuevo Rey que se levantaba, el "mando" sobre esta pequeñísima porción del planeta, donde no había más que vacas, caballos y ovejas como riqueza.

El primer hombre nacido en este suelo que consiguió el "mando" de él, fué Artigas. Lo consiguió en 1811 y lo ejerció en nombre popular. "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa con vuestra presencia soberana..." decía ya, en 1813, ante el primer congreso que tuvimos, y donde todos usaban bota de potro. Un pedazo de ese "mando" fué conseguido en 1815 por los porteños, cuando la caída de Montevideo. Pero Rivera se los quitó en Guayaquero. Con la derrota definitiva de los artiguistas en Tacuarembó (1820) pasa el mando a los portugueses, y después a los brasileros. Los treinta y tres vienen a buscarlo y lo consiguen para nosotros entre 1825 y 1828. Ya en 1830 quedará en manos orientales, aunque no se sepa bien en cuáles manos, y comience el período de nuestra historia que bien podría llamarse de las muchas en un plato. La transmisión del mando en lo que resta del siglo pasado no tiene nombre. Pero si lo tuviera, sería el de la "agarrada del mando". Nadie se lo transmitía en efecto a nadie, y desde este punto de vista, podría hablarse de un retorno al derecho constitucional de los charrúas: el mando para el que podía y como podía.

El juego del mando no tuvo así, durante todo el siglo XIX, más diferencia con el juego del pato, que el de causar un número más elevado de víctimas. A veces la casualidad, a veces el arrojo, a veces la más dura necesidad y otras el verdadero mérito determinaron que lo usasen toda clase surtida de gente, entre los cuales había muchos nombres de calles y avenidas actuales. La inaplicabilidad de las cañas tacuaras para la fabricación de urnas incitaba al uso desmedido de la lanza en ristre. Y no es raro por eso que un "mando" que costaba tanto conseguir fuera después utilizado con tantas ganas por los que conseguían volear la pata y encaramarse en él como sobre un caballo. Latorre y Santos, para no hablar de otros más ilustres, dieron de este modo un ejemplo al mundo sobre las maravillas que puede hacer un ánimo viril y despreocupado cuando logra asirle el mango al "mando". Aquello era mando y no esta miseria de ahora. Permitía meter la mano en la lata de la Tesorería General hasta el codo. Daba para cortar cabezas y fusilar antipáticos. Y no toleraba ni vuelos de moscas en su presencia.

Si el Rey de España fué la infancia del "mando", Artigas fué la

juventud y los dictadores militares la edad del apogeo; los treinta años, como quien dice, de ese "mando" que empezó a quedarse pelado con Batlle y Ordóñez y terminó en esa vejez legalista que vivimos hoy. Vejez verde, y calaverona sólo con D. Gabriel Terra y su golpe nostálgico de pasado energético y atropellador. Lo que le transmitieron a D. Andrés el primero de marzo es apenas un residuo, una choche, recortada por todos lados, con censura parlamentaria, necesidad de ministros que refrenden, Poder Judicial potente, Tribunal de Cuentas, etc. Si a Don Máximo Santos le hubieran venido con un "mandito" de éstos, tipo siglo XX, yo creo, mira, que lo tira por encima del hombro. El "mando", señores, como las ciencias, como las piezas de las casas y como las polleras femeninas, es una de esas cosas que se ha ido reduciendo, reduciendo, con el tiempo. Por eso, el que quiera ser Presidente de la República, que se apure. Porque para dentro de treinta o cuarenta años el cargo sólo va a tener anexa la facultad de utilizar el coche con chapa número uno, y hasta eso, quién sabe. Claro que tampoco hay que exagerar, y la porción que le toca en suerte a D. Andrés hoy por hoy todavía es regularota. Y va a alcanzar para que lo adulen más de cuatro. Amén.

LA DIPLOMACIA —

No es posible terminar estas breves disquisiciones sobre la transmisión del mando sin una referencia a las misiones oficiales. Están integradas estas por unos señores muy amables que aprovechan el cambio de Presidente para bichar el Uruguay por adentro. Un embajador especial puede ser definido con bastante exactitud, como un señor que el miércoles 28 a las 16 fué a la Casa de Gobierno con jaquet, y a las 22 al Hotel Miramar con smoking. Y que al otro día fué al Palacio Legislativo con frac y chaleco negro y al siguiente se hizo presente por la noche con smoking blanco en Punta del Este, para volver, al otro día, sábado, y comer en el Hotel Carrasco con frac y chaleco blanco. Y que recién el domingo pudo usar en el Hipódromo traje de calle, que se sacó el lunes para irse a su tierra, sin haber visitado nuestra playa en pijama, con rancho de paja y mate como todo el mundo.

El hombre, claro, con Hotel Miramar y Hotel Carrasco, con Maroñas y Punta del Este, con Palacio Legislativo y Casa de Gobierno, podrá formarse idea bastante aproximada de lo que el Uruguay es en el mundo. Bastaría después una breve visita por los rancheríos de Artigas, el Hospital Vilardebó, los albergues del Consejo del Niño y la Academia Nacional de Letras, para que dicha noción fuera del todo completa. Y si he nombrado estas cuatro atrocidades nacionales, no es por crear las únicas, sino nada más que las principales.

Si tuvieran tiempo, convendría que tratasen estos embajadores, además de gestionar algún expediente en la Caja de Jubilaciones. Pero como ello no es posible, el Jefe de Protocolo dispuso con muy buen tiempo, llevarlos a ver el Festival de Punta del Este, para sí admirar de cerca alguna de esas artistas internacionales, compuestas de cabeza, busto y extremidades como tantas otras, que sin tanto bombo hacen tortas fritas en el Buceo. Y que no les deben a las extranjeras ni una pulgada de caderas. Pero en fin... ya habrá tiempo de hacer todo eso en alguna otra transmisión.

(1) Algunos querían decirle Andrésito, como quien dice Luisito. Pero no se puede, porque se confundiría con el hijo de Artigas.